

El factor nacional en el desarrollo de la Ciencia

Presentación

ANTONIO LAFUENTE (*)

Pocos temas han sido tan laberínticos para la inteligencia política como el nacionalismo. Liberales y socialistas, proclives a imaginar la sociedad dividida en segmentos horizontales, han presentado las fuerzas agrupadas en torno a movimientos nacionalistas bajo calificativos como el de reaccionarias, atávicas, subversivas o irracionales. Así, funcionalistas y marxistas, incómodos con los fenómenos que atraviesan verticalmente el conjunto de lo social (pensamos, por ejemplo, en los agrupamientos de signo religioso o etno-lingüístico), advierten sobre sus efectos disolventes y lamentan su origen patológico. Hay (o, tal vez, hubo) una leyenda negra sobre el nacionalismo que sólo recientemente, desde finales de los sesenta, ha comenzado a ser revisada; lejos de considerarlo expresión de resistencias a la modernización, autores como E. Gellner o T. Nairn, lo entronizan como precondition para todo movimiento modernizador. Un giro copernicano que deriva de asumir un hecho difícilmente cuestionable: mayores cotas de progreso y más elevados índices de educación política no han logrado arrinconar la capacidad de movilización social de las ideologías nacionalistas.

Tal realidad, por otra parte, no es producto de una reflexión de urgencia o un *aggiornamento* pasajero, pues si algo caracteriza históricamente al nacionalismo es su ubicuidad; es decir, su capacidad de adaptación a todos los sistemas políticos, tradiciones culturales o geografías. Así, el nacionalismo ha sido reaccionario y progresista, democrático y antidemocrático, imperialista y antiimperialista; hay casos en los que ha sido apoyado, como también rechazado, por ideologías conservadoras, liberales o socialistas. Esta naturaleza proteica, antes que asimilarla a una rara especie de epidemia mental,

(*) Departamento de Historia de la Ciencia, Centro de Estudios Históricos, C.S.I.C. C./ Duque de Medinaceli, 6, 28014 Madrid.

DYNAMIS

Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam. Vol. 12, 1992, pp. 19-21.

ISSN: 0211-9536

deberíamos compararla mejor a una descarga de adrenalina, reacción vital ante situaciones de grave crisis. Y de las metáforas biológicas pasamos a las también frecuentes en sociología extraídas de la arquitectura. La agudización de la respuesta en momentos de desgarro y desvertebración social respondería a la necesidad de lograr elementos integradores y homogenizadores de la cultura que cohesiona una colectividad. Ello supondría aproximarse a estos movimientos sin considerarlos contingentes, para verlos como necesarios en todo proyecto que tenga por destino la imposición de una cultura superior (más sofisticada y menos parroquiana) a grandes masas de población. Proyecto que podría resumirse en la búsqueda de fuertes ligaduras entre estado y cultura. Muchos autores, quizás exagerando este argumento, han presentado al nacionalismo como una fuerza que históricamente ha suplantado a la religión en su capacidad para dotar de sentido y trascendencia a los asuntos mundanos. Y, extremando la metáfora, no ha faltado quien, más comprensivo cuando su irrupción se produce en economías dependientes o geografías periféricas, lo ha calificado de calvinismo del Tercer Mundo.

Los casos analizados en los artículos aquí reunidos, afianzan una hipótesis sobre la influencia positiva que tuvo el nacionalismo para el desarrollo científico en España y Latinoamérica. Sin duda, serán necesarias otras investigaciones, pero parece difícil imaginar que nuevos estudios puedan alterar dramáticamente esa conclusión. La ciencia moderna ha venido configurándose históricamente como una institución social polarizada y desigualmente desarrollada. El hecho es que los flujos de información son mayoritariamente unidireccionales (desde los centros a las periferias) y que la actividad ha tendido a concentrarse en un reducido número de países y, dentro de ellos, en pocas instituciones. Pero cualquiera que sea el nivel de desarrollo alcanzado por una colectividad científica, lo cierto es que sus actividades siempre se despliegan en un contexto nacional. Esto siempre ha supuesto una tensión entre el carácter nacional de las instituciones y la naturaleza universal que filósofos y científicos exigían a los resultados de su actividad. Cabe pues preguntarse cómo los intelectuales han resuelto la contradicción entre hacer ciencia y hacer patria. Lo que supondría, primero, ponderar el grado de autonomía con que los científicos se mueven en las instituciones y, segundo, evaluar las intrincadas relaciones que se crean entre cultura y ciencia nacionales.

Todos los trabajos publicados en este número marcan claramente el papel destacado que el binomio ciencia-tecnología tuvo en el imaginario político de los proyectos liberales de configuración de estados modernos en

Latinoamérica. La ciencia no sólo operaba como elemento homologador del estado en el conjunto de las naciones, sino que, con frecuencia, es presentada como la principal instancia de legitimación del poder político. De ahí la importancia de los debates sobre la contribución autóctona a la ciencia internacional y, en consecuencia, de las reclamaciones nacionales sobre la prioridad de algunos descubrimientos científicos. Un país se validaba como moderno cuando disponía de un panteón laico en el que además de las hazañas militares se conmemoraban las gestas de la razón; entre ellas eran particularmente valiosas las que daban cuenta de una tradición científica, en cuya invención se comprometía algo más que la mera capacidad de emulación de estas jóvenes repúblicas deseosas de homologarse con la europeas; lo que estaba en juego, de hecho, era una gran proceso de transferencia de lenguaje y valores desde las instituciones científicas a las políticas.

Así se explica por qué pese a la precariedad de las primeras en el conjunto de la vida nacional, no se puede negar su continuidad en sociedades, academias o centros de enseñanza que aunque ocasionalmente entran en crisis y cambian de nombre no alteran sustancialmente su composición. Un hecho que merece ser destacado y que no siempre se resalta debidamente: no cambiando dramáticamente las personas, debe matizarse la generalizada tesis de que en las periferias, y en particular en América Latina, la ciencia se ha desarrollado de forma discontinua y fragmentaria.

Esta continuidad debe ser explicada no tanto en términos de su utilidad económica, como cultural. La escasa presencia de descubrimientos relevantes o figuras de alcance internacional no es obstáculo para que podamos reconocer en la ciencia un elemento clave en el conjunto de las formas de representación simbólica. Este ha sido el espíritu con que se solicitaron los artículos presentados a continuación. Buscábamos la identificación de algunos casos que diesen cuenta del carácter bidireccional de la relación entre ciencia y nacionalismo, objetivo para el que han intentado una respuesta los autores que amablemente nos ayudaron con su colaboración.